

UNA VIDA DE TRABAJO BIEN HECHO

Vicente Rodríguez Casado

CUANDO, ante sus restos mortales, Torcuato Luca de Tena me pidió que escribiera sobre la vida de Florentino, me comprometí a ello, dándome cuenta de antemano que me falta pluma para hacerlo; esa pluma de la que él tanto abundaba.

Es tan amplio el mundo de los recuerdos que nos deja, que difícilmente se puede intentar ni siquiera apuntarlos todos. Por eso he decidido buscar en el amigo más entrañable de mis últimos treinta y dos años aquello que constituye como el centro de su personalidad desbordante y desbordada.

Ya en los lejanos días de la Sevilla del 42 comprendí que Florentino poseía uno de los talentos más abiertos que iba a conocer, y a la vez comprobé cómo él sabía vitalmente que, aunque la tarea de un intelectual está en el terreno de las ideas, las ideas por sí solas son incapaces de llegar a los hombres y conmoverlos si no van acompañadas por todo lo que la persona es. Era como si, bajo el predominio de la razón, su escala de valores se uniera esencialmente a la consideración estética de las personas y las cosas. Por eso, ya entonces, Florentino entregaba a la amistad todo su ser. Así se-

Imposición de la Medalla de la Universidad de La Rábida, en el patio mudéjar del Monasterio. 14 septiembre 1959.



FLORENTINO PEREZ-EMBID

ría siempre. Cualquiera de los que le han tratado conoce cómo le preocupaban los problemas de los demás: sabía escuchar con aquel mirar serio tan profundo, o con su sonrisa, para después, inteligentemente, resumir la clave del asunto. Sus silencios y sus palabras demostraban una profunda consonancia.

No pasaron muchos años desde aquellos tiempos de Sevilla, cuando Florentino percibió —como los hechos posteriores han venido a comprobar— el inicio de la confusión ideológica que iba a hacer peligrar las convicciones fundamentales en que se basaba la vida española. Entonces se pone de manifiesto su entendimiento de la Patria como un conjunto de valores del espíritu que hay que defender para situarnos a la altura de nuestros mayores, que nos han entregado así el ser histórico del país.

Acuciado por la prisa de algo que ve venir, que vislumbra como un peligro cierto, Florentino emprende en el año 51 —y aun antes— una acción intelectual de alto empeño. Él es un intelectual que comprende que a la verdad se llega por todo el hombre, no sólo por la razón. Por eso, a veces, a quien le oía en un momento determinado le podía parecer que rechazaba los esquemas de la razón para llegar a la verdad. No era así; es que él sentía por la belleza el mismo deseo de

plenitud que por la verdad, y procuraba conjugar ambos deseos en su espíritu en una actitud de difícil equilibrio. Le importaban los argumentos de razón, pero le importaban también los soportes estéticos; además, y sobre ambos —porque es ahí donde quiere realizar el equilibrio—, los argumentos del corazón. Porque para Florentino el corazón tenía sus argumentos.

Fue por aquel entonces cuando, con el mayor respeto a las personas y a las instituciones, él consiguió izar bandera, impulsarse a sí mismo y a un grupo de intelectuales de parecido corte, a quien advierte reiteradamente de la cargazón con que se cubren los cielos de nuestro país. He sido testigo en varias ocasiones de aquellos alegatos —mitad de la razón, mitad del corazón— con que procuraba dar a entender a los amigos que podían servir para la empresa, la realidad de la circunstancia ideológica que presagiaba la actual delincuencia. Con ese fin utiliza todos los instrumentos a su alcance, y funda una serie de revistas —«Arbor», «Atlántida», «Bellas Artes»...— que tienen un común denominador: la hondura de su pensamiento y la estética de la presentación. Él rechaza todo lo que supusiera una obra imperfecta, que lo mismo podía ser un párrafo de mal castellano como una tipografía descuidada.

Almuerzo con los gestores administrativos, Santander, 12 agosto 1967.



En los últimos años, Florentino siente la desazón cada vez más profunda al ver que la confusión alcanza límites jamás sospechados incluso por él; contempla la gigantesca transposición de valores en la que parece que los de orden material lo ocupan todo, puesto que los culturales son un simple instrumento suyo, y los del espíritu se reducen a la conciencia individual. Y sufre, porque se siente impotente para contener esa magna inversión.

Quizá es entonces cuando se vuelve más hacia la juventud: le acucia la necesidad de descubrir en los estudiantes las razones que les llevan a su actitud hostil, a fin de encontrar las bases de un entendimiento. A la vez, siente con cierta amargura que esa juventud, generosa y abierta, pueda desvirtuar sus ansias de autenticidad en fórmulas muertas. Habla, discute, pasea —a veces hasta altas horas de la madrugada—, dejando siempre entrever en sus palabras la firmeza de sus propias convicciones que son, sin embargo, lo suficientemente abiertas, para comprender la falta de fe de los demás. Escudriña hasta descubrir en dónde queda algo

de sus amigos sobre lo que edificar, y desde ahí inculcarles la fe que les falta.

Le rompen el alma los presagios de una falsa continuidad política, pero aún le duele más el desvío de las verdades permanentes. Para evitar estos dos errores actúa con su acción y su pensamiento, vuelca todo su ser, con más o menos armas, con mejores o peores instrumentos: aquellos que la circunstancia histórica pone en sus manos.

Toda una vida de trabajo bien hecho y de esfuerzo que desvelan lo más profundo de Florentino. Son muchos sus amores: la familia, los amigos, Sevilla, la tierra de Aracena... Y sobre estos amores, priman dos que los comprenden y los abarcan: el amor a la Virgen y su cariño de hijo al fundador del Opus Dei. En su cuarto siempre ha habido cuatro fotografías pequeñas: la Macarena, la Virgen de La Rábida, la Virgen de los Reyes y la Blanca Paloma.

Florentino se rompió el corazón luchando, pero —no lo dudéis— la Madre le dio el suyo.

(«ABC», Madrid, 2 de enero de 1975.)